



Viejas y nuevas periferias en la ciudad neoliberal

Débora Ávila, Beatriz García, Eva García
Sergio García y Daniel Parajuá
(Observatorio Metropolitano de Madrid)

El ladrillo hecho añicos tras ser arrojado contra los sectores más vulnerabilizados de la ciudad, ha abierto múltiples brechas en el territorio, pero sobre todo ha ahondado en las fisuras sociales que impiden pensar Madrid en términos de igualdad. El viejo cinturón rojo que va de Canillejas a Campamento –dentro de la corona metropolitana madrileña- y del Corredor del Henares a Móstoles –en el que se llamó «más allá»-, se debate hoy entre los fantasmas de los viejos héroes y *heroínas* de barrio, y los espacios fantasmales que la zona cero de la explosión de la burbuja inmobiliaria ha dejado. Es a través de esta herida, ubicada en la periferia, por donde afloran los conflictos que se nos presentan como signos de la crisis: pisos en manos de bancos y de fondos *buitre* de inversión, ejecuciones hipotecarias y desahucios, okupaciones y ocupaciones de vivienda, temores, conflictos y guerra entre pobres... Madrid es más frágil y fragmentado que nunca, el resultado de políticas neoliberales con fuertes dosis de intervención pública que se han caracterizado por explotar los recursos en los que se ha centrado el núcleo del modelo de acumulación (sobre-explotación del territorio y la vivienda, precariedad del empleo y privatización o externalización de servicios públicos). En paralelo, el

neoliberalismo ha ido construyendo en su avance un nuevo marco de (auto)gobierno que pone en el centro a la competencia como motor de lo social, apostando por el desmantelamiento de cualquier tipo de política redistributiva que interfiera en ella y dejando con todo ello mucho más expuestos a los riesgos, la precariedad y los efectos de la creciente desigualdad social a los habitantes de las periferias.



Tomar en serio las consecuencias de un proceso de estas características supone pensar la ciudad en clave de crisis urbana bajo dos hipótesis que se entretajan: el quiebre de un modelo social inclusivo basado en la mayoría de las clases medias, que se trasladaba en parte a la configuración de la ciudad; y la aparición de nuevo de la periferia como espacio de fragilidad donde se concentran los factores de riesgo y desorden social. La salida de la crisis con severos recortes a los derechos sociales, la falta de crecimiento y empleo y la incapacidad de las clases medias para asegurar su propia reproducción a través de vías de progreso basadas en la educación y el ahorro propietario, nos previene de su disolución acelerada. La precariedad y desempleo juvenil, con tasas superiores al 50%, componen un escenario sin esperanzas de progreso social. El miedo a quedarse en el bando de los perdedores aumenta la intención de preservar las distancias sociales entre clases -¡más seguridad!-, dicho lo cual, los instrumentos y recursos públicos cumplen una función segregadora funcional a esos intereses y generan circuitos sociales relativamente homogéneos. La crisis económica traducida a crisis urbana es el caldo de cultivo para la reaparición del problema de las periferias, precisamente desde la óptica securitaria que aquí proponemos.¹ Por si esto fuera poco, al otro lado de las carreteras de circunvalación, la emergencia del fantasma de las periferias sobrevuela como un dron amenazante para la paz urbana que los procesos de revalorización económica del centro urbano necesitan.

1 Observatorio Metropolitano (2013): *Paisajes devastados. Después del ciclo inmobiliario: impactos regionales y urbanos de la crisis*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Madrid, ciudad y región, ya vivió otras crisis que se encarnaron en la periferia. La primera lo fue en forma de revuelta social y política enmarcada en los reclamos del derecho a la ciudad, de dotaciones y servicios. Los movimientos vecinales lograron aquí ganar la batalla de lo urbano, aunque a condición de su propio suicidio. La segunda crisis fue sin embargo más amarga, marcada por el paro y la falta de expectativas, heridas que los ciclos de desarrollo económico posteriores calmaron pero no llegaron a suturar. La heroína y el clima de inseguridad arrasaron los espacios comunes y sentaron las bases del consenso securitario. Pero ahora, bajo la aparente tranquilidad que indican todas las tasas de delincuencia, la tensión se acumula sin permitirnos aún atisbar en qué sentido explotará. No es tanto la producción de las periferias peligrosas en la crisis, como la emergencia incipiente de los fenómenos que pasaron desapercibidos justo cuando el centro se llenaba de turistas festejando la ciudad global. Ante los riesgos que encarnan las periferias construidas a golpe de segregación interna y de desigualdad por factores de clase, etnia, color de piel y origen, la intervención social y policial consolidan el cambio de tendencia que experimentaron a la luz de las políticas urbanas neoliberales: al fin de la idea de redistribución territorial construida gracias a las luchas vecinales, le sustituyen las intervenciones en forma de dique de contención -hoy por hoy muy eficaz- y las operaciones quirúrgicas sobre los riesgos emergentes. A esta lógica de gobierno, de corte securitario, es a la que irá dedicada nuestra intervención.



Un matiz. Contención, seguridad y riesgo constituyen una triada de conceptos que son, por definición, relacionales, esto es, se contiene, protege y defiende siempre con respeto a un *otro*: así, el abordaje securitario de las periferias solo puede comprenderse en un sentido relacional, es decir, como consecuencia de su inserción dentro de un conjunto urbano más amplio. Y es que la periferia no es sólo el lugar de llegada de inmigrantes empobrecidos expulsados de otros lugares marginales del planeta o del país, ni el efecto del decaimiento de las clases medias y del empobrecimiento de sus habitantes más precarios. La periferia, su significado social, se construye en su relación con el

centro, con algún centro, respecto del cual el empobrecimiento se sobredimensiona en forma de desigualdad. En definitiva, la relación centro-periferia es fruto de una relación de poder que se intensifica según se profundizan las fracturas sociales en la ciudad, de ahí que el “problema de las periferias” no pueda entenderse más que como el reflejo del modelo social que se teje para el conjunto urbano. Y su gestión, como fruto de un modelo de gobierno más amplio que nos habla del tipo de ciudades construidas bajo el marco del neoliberalismo. En nuestra intervención intentaremos descifrar las claves que nos permitan comprender cómo operan uno y otro (problemas y gestión) sin perder de vista, por tanto, las coordenadas globales en las que se insertan.

